

Ideas para rediseñar los sistemas educativos

Huerto, Cocina, Bosque

“Solo hay 2 cosas equivocadas en la educación actual: qué enseñamos y cómo lo enseñamos”
Roger Schank

“Los verdaderos desafíos a los que se enfrenta la humanidad solo se solucionarán confiriéndole el poder a los profesores creativos y entusiastas y estimulando la imaginación y la motivación de los alumnos”.

Ken Robinson

“Salid a la naturaleza y abrid vuestro corazón y vuestra mente al misterio, la magia y la majestuosidad del mundo natural”

Satish Kumar

En los últimos años nuestra sociedad ha cambiado radicalmente, los sistemas educativos y las escuelas no han podido adaptarse a esta transformación y se han convertido, en demasiadas ocasiones, en espacios de aburrimiento y frustración. Insisten, por inercia, en instruir a nuestros niños y jóvenes en un enfoque que ha quedado obsoleto y que apuntala un sistema insostenible y en crisis. Muchas veces esto supone una falta de respeto y un ataque al desarrollo del potencial y talento de los alumnos desde el propio sistema educativo.

La finalidad de la escuela parece ser una preparación para competir duramente por un puesto de trabajo que, suponiendo que tengas la fortuna de conseguir y conservar, te pondrá al servicio de la industrialización y mercantilización del mundo.

Por si fuera poco, todo ello se produce en un entorno hostil. Escuelas rodeadas de

rejas, patios cubiertos de hormigón, con una ergonomía deplorable que va desde una inadecuada acústica e iluminación de las aulas hasta un mobiliario poco adecuado para permanecer largas horas sentado.

Hace tiempo que esto ya no sirve. La institución escolar creada como un sistema de enseñanza masiva dirigida a proveer de obreros y técnicos sumisos a la Revolución Industrial tiene cada vez menos razón de ser en la realidad laboral y social del siglo XXI.

¿Dónde quedan las experiencias educativas difícilmente medibles en las pruebas puramente cuantitativas? ¿Qué sucede con aspectos tan importantes como la creatividad, el pensamiento crítico, la motivación, la persistencia, el humor, el entusiasmo, el civismo, la autoconciencia, la autodisciplina, la empatía, la cooperación, el liderazgo y la compasión?

No sabemos cuáles serán los

conocimientos concretos que nuestros alumnos y alumnas necesitarán en la sociedad del mañana pero podemos intuir que será un entorno en constante cambio al que tendrán que adaptarse desarrollando nuevas capacidades constantemente.

Es el momento de dar un salto cualitativo y pasar de la uniformidad a través de la instrucción a la verdadera Educación: un proceso orgánico, humanista, colaborativo y multidisciplinar cuya finalidad es que el alumno sepa responder a las siguientes preguntas: ¿Quién soy? ¿Quiénes son los que me rodean? ¿Cómo es y cómo funciona el mundo del que formo parte? ¿Cómo puedo ser autosuficiente física, emocional y mentalmente? ¿Cómo me convierto en una persona con libertad de pensamiento y criterio? ¿Cómo desarrollo la empatía y la conciencia de interdependencia? ¿Qué herramientas, lenguajes, habilidades, capacidades tengo para relacionarme y colaborar de manera constructiva? ¿Qué talentos y habilidades me hacen feliz y puedo aportar a la sociedad?

Si queremos pasar de instruir a trabajadores obedientes a educar ciudadanos con criterio propio que puedan orientarse en un mundo cambiante y que puedan resolver una multiplicidad de retos quizá nunca previstos debemos iniciar una transición que permita reinterpretar y rediseñar profundamente los sistemas educativos.

Necesitamos un marco más amplio y regenerador, un nuevo paradigma educativo. Necesitamos un nuevo modelo educativo donde todos los que acuden a la escuela o a la universidad no vayan a estudiar sino a aprender y florecer. La educación no puede ser solo una ruta que capacite para conseguir un trabajo en una oficina, sino un proceso que enseñe a las personas a cuidar de si mismas, de sus comunidades y de su entorno.

Integrar la trilogía ecológica huerto, cocina, bosque en el currículo puede catalizar la transformación de una escuela y convertirla

en una verdadera comunidad de aprendizaje integral. Vemos cómo:

Cultivar un huerto escolar y utilizarlo como recurso para cocinar la comida del comedor escolar es un proyecto ideal para experimentar el pensamiento sistémico y los principios de la ecología en acción. Cultivar un huerto reconecta a los niños con los fundamentos de la alimentación y de la naturaleza, mientras integra y aviva cada actividad que tiene lugar en una escuela.

En el huerto se aprende a plantar, cultivar, cosechar, compostar y reciclar. A través de esta práctica, se aprende también que el huerto está enmarcado en sistemas más amplios: el ciclo del agua, el ciclo de las estaciones, la simbiosis, el ciclo de la vida y de la muerte... Que no son otra cosa que conexiones de la red planetaria de la naturaleza.

El huerto permite recuperar la sana costumbre de dar clases al aire libre y es un lugar perfecto para aprender Biología, Matemáticas, Economía, Literatura, Lengua, Geografía, Artes, Ciencias... Son ambientes de aprendizaje muy ricos en formas, texturas, colores, olores y sonidos del mundo real, esenciales para el desarrollo completo, tanto cognoscitivo como emocional, de los niños. Aprender en el huerto escolar es aprender en el mundo natural. Es benéfico para el desarrollo del alumno y para la comunidad escolar, y es una de las mejores formas para que los niños puedan tener una formación ecológica y así ser capaces de contribuir en la construcción de un futuro sostenible.

Otro tipo de aula muy especial donde explorar la visión sistémica es la cocina. Si una escuela cuenta con una cocina bien equipada donde los alumnos y los profesores prepararan juntos la comida y la integran en el proceso educativo, tiene un tesoro. Una alimentación sabrosa y nutritiva

es una condición necesaria para una buena comunidad y cocinar en equipo enseña muchas habilidades. Cuando los niños están en la cocina o en el huerto, trabajando con las manos, junto con sus compañeros y profesores obtienen a la vez información, conocimientos y experiencia. No se trata de simulacros teóricos sino de experiencias reales que además se saborean.

Un gran porcentaje de estudiantes universitarios no ha aprendido, ni en casa ni en la escuela, a cocinar comidas adecuadas, y cuando llega el momento de independizarse resulta que se alimentan solo de productos ultra procesados.

La naturaleza es la mejor maestra y el contacto regular (diario o semanal) de los niños y niñas con un bosque o ecosistema natural es para ellos un regalo ya que despierta al máximo sus sentidos y estimula la curiosidad. Precisamente la curiosidad es el motor principal del aprendizaje. Esta

característica innata señala la disposición del cerebro para crear nuevas sinapsis cerebrales y para desarrollar las existentes. Cuando el niño o la niña sienten curiosidad por algo están en disposición de salir de su zona de confort para enfrentarse con situaciones que les suponen un reto a superar. Los niños/as necesitan entornos naturales donde puedan moverse y explorar y nada mejor que un bosque para avivar esta curiosidad.

Algunos de los beneficios inmediatos de llevar a los estudiantes al bosque es una mejora de su psicomotricidad (manual y corporal) y de su concentración. También les proporciona mayor confianza en si mismos, mayor capacidad de análisis de riesgos y fomenta el trabajo en equipo y la cooperación.

Hacer clases al aire libre y respirar aire puro fortalece su sistema inmunológico. Y realizar actividades como correr, andar en

un suelo desnivelado o subir a los árboles fomentan un aprendizaje en el que los niños y niñas procesan la información asociándola a sus sensaciones y movimientos, a su cuerpo, lo que supone un aprendizaje sólido y profundo.

En el bosque, todo puede ser usado como material didáctico. Se puede aprovechar la inmensa variedad de especies de plantas, animales, piedras y suelos que proporciona la naturaleza.

El huerto, la cocina y el bosque, como aulas, son laboratorios de diversidad y de complejidad donde se mezclan funciones sociales y procesos naturales. Su uso permite ampliar el enfoque para examinar las interrelaciones entre disciplinas y desarrollan habilidades poco reconocidas en el currículo académico. Su uso no debe ser algo esporádico o anecdótico sino que deben estar integradas en los ritmos escolares e incluso pueden ser un eje donde

pivoten muchos proyectos multidisciplinares. De esta forma pueden llegar a convertirse en la palanca que permita el cambio de paradigma educativo que tanto necesitamos.